**LA PERFECCIÓN RESUELTA EN UN ENTRECOTE DE LA SAINT PATRICK.**

La herrumbrosa puerta chirrió ostensiblemente. Las lápidas, manchadas de moho y teñidas por el naranja crepuscular que usaba Dufy para sus cuadros normandos, lo acogieron con un silencio expectante, dada la hora tardía de la visita.

Han pasado veinte años. Es mucho, lo sé. Regresé a casa ¿sabes? A nuestra verdadera casa. Cuando murió el Viejo Canalla Impresentable, muchos lo hicimos.

Depositó las flores sobre la tumba y fue a llenar de agua el búcaro en un grifo que emergía de la misma tapia. De vuelta, deshizo el ramo y las colocó en él sin mucho esmero.

Por cierto, recuperé mi puesto en la universidad; con las anualidades que me correspondían, sí. Todo muy bien. La casa, en cambio, se encontraba en un estado deplorable, como puedes suponer. Te hubiera dado un síncope verla así. Al principio me limité a ordenarlo todo, pues parece que hubo registro, a quitarle el polvo y efectuar unas reparaciones de urgencia y de poca monta. Ahora se halla en un estado impecable, como antes. Quizá mejor que antes.

Se sentó sobre la propia piedra de la sepultura. Al fondo del valle, junto a la orilla del río, las vacas rumiaban apaciblemente. Todo estaba igual, allí.

Yo, por el contrario, no pude hallar la paz. Y no es porque no lo intentara. En un primer momento, me dije, bastará con dejar abierta la espita del tiempo y aguardar a que se vacíe por completo el tonel; entretanto, ayudarán unas relecturas de Séneca; la conciencia, también, de que existe un arquetipo de la luz en el cual acabaremos brillando todos de manera indiferenciada; el cansancio, finalmente, contribuye a admitir que no se puede culpar a nadie de que cada uno deba aprender su personal e intransferible lección. Todo eso tendría que haber bastado. Pero no bastó.

Una y otra vez, durante mis desvaríos diurnos, o inmerso en la ciénaga de mis pesadillas, la veía, inmensa, sentada ante su mesa de despacho, escrutando con ojos de tintorera y, tras ella, justo por encima de su cabeza, el único libro que poblaba la biblioteca, “Las flores del mal”. Era un recurso fácil.

Hubiera sido menester la espada llameante, empuñada por un ángel, para desterrarla de mi mente.

Pero entonces éramos demasiado inocentes. Acaso tú lo sigas siendo. Yo ya no. No sé si te das cuenta de que he alcanzado la venerable edad de cincuenta años. El tiempo es como un cedazo que deja caer la arena y al final le presenta a uno las cosas decisivas. Entre las cuales, a veces, se encuentran frases. Propósitos que llegaron en bruto, mezclados con una escoria masiva; pero que, en la criba del tiempo, brillan como pepitas de oro y componen constelaciones de sentido.

Hoy sé, por ejemplo, por conjeturas, a fuerza de liar cabos sueltos, que no me avisó, como debía, durante el verano que precedió mi fatídica llegada, de la falta de dotación horaria que afectaba a mi puesto con objeto de ganar tiempo frente al Rectorado, cuyos servicios le exigían constituir dos empleos completos para nuestra disciplina, según la envergadura del establecimiento. Conozco también la razón por la cual me ocultó que, a pesar de ejercer un medio tiempo, tenía derecho al sueldo completo puesto que no se me podía imputar responsabilidad en dicho conflicto administrativo. En lugar de ello, me incitó a pedir comisión de servicios en otro colegio. Me consta igualmente que, cuando volví sobre mis pasos a fin de proponerle tu candidatura para cubrir el rebujo de puesto que yo dejaba vacante y ella me respondió, con suficiencia y desdén, por si acaso yo no había comprendido nada, que ya tenía a la persona adecuada para desempeñar dicha función, esa persona no era otra que su amante.

Con lo que ella no contaba era con que el Rectorado la iba a forzar a admitir tu candidatura a cambio de la de su querida. Eso debió remover bien la sangre en quien considera un puesto de director de colegio como un feudo otorgado en propiedad a un señor de horca y cuchillo, una parcela de poder en una República fundada por Robespierre.

Claro, se vengó. Nosotros no estábamos en condiciones de comprender su encono. No del todo. Se vengó sin considerar tu embarazo como circunstancia atenuante. Sé perfectamente cómo lo hizo, pues más tarde tuvo ocasión de aplicar el método conmigo. Te iba minando el terreno alrededor. Cuando querías darte cuenta, eras una especie de paria. Otra frase que queda en el harnero: Los extranjeros, conozco el percal. A mí me abandonó un polaco, tras haberme hecho dos hijas.

Recurrió, asimismo, al holandés errante del inspector, un arribista, un tipo ruin con bien merecida fama de buscador del medro instaurando el terror, especialmente entre los novicios, cuyo empleo dependía de una titularización; con la confianza de que éste iba a juzgarte en medio de una clase poblada en su mayor parte por seres bestiales, aún no formados y soliviantados por ella. Lo que sigue no quiero siquiera recordarlo.

Aún tuve que cometer un segundo error, recuperar el puesto que era mío. Habíamos comprado la casa en función de ese colegio de marras. Los directores van y vienen, razoné. Mi carácter tampoco es el mismo. Mi carácter es harina de otro costal. De nuevo una falsa apreciación de las virtudes prácticas del poder. Un poder despótico, arbitrario, que pasa a través de las mallas de la democracia y retrotrae al hombre a su período animal.

Entiendo perfectamente que se pueda abortar pasando por una situación así. Por si fuera poco, la Mesa Camilla sólo quería Cannes. Fuera de Cannes no estaba dispuesta a aceptar ningún otro destino.

La Mesa Camilla tenía sus paniaguados, los que tomaban café en su despacho, presididos por el único libro que poblaba la estantería; los niños y niñas bonitos a los que confiaba las mejores clases. Por otra parte se hallaban los estigmatizados, a los que no dudaba en execrar explícitamente y en negarles tareas o formaciones que les venían acordadas desde una autoridad superior. No es la persona adecuada para ello, declaraba.

Paniaguado o no, ante cualquier conflicto con las familias, el profesor era un ser degenerado, que aplicaba, por crueldad, castigos excesivos. Bajo su dirección, el colegio poseía esa simetría invertida que caracteriza ciertos modelos de infierno.

También para mí acabó siendo duro. Aquellos adolescentes desgraciados se mostraron dignos descendientes de los que Maupassant había tildado, en “Le Papa de Simon,” de “fils des champs, plus proches des bêtes...... les sauvages dans leurs gaités terribles....” Y más espesos brutos cuanto que intuían se les había dado carta blanca para el saqueo.

Con todo, conseguí mantener el timón y para finales de junio me disponía a dejar aquella nave de locos atracada en el muelle de descarga, cuando estalló el asunto que tú sabes, aunque no en detalle. No quise afligirte más de la cuenta y sólo te enteraste, por encima, cuando ya no fue posible taparlo más. El macaco puso por obra una fantasía digna de un mocoso de su edad y aún uno que calza pocos puntos, si bien se llevó el gato al agua a causa de la mala fe de los adultos que la admitieron.

La Mesa Camilla vio los hematomas alrededor del cuello, pero ello no fue sino a primera hora del día siguiente. No obstante, aconsejó a los padres que fueran a la gendarmería.

Lo ocurrido, en realidad, fue que, cansado de prohibirle que estuviera vuelto hacia atrás, badajeando, como si yo no fuera más que un fantoche que no pintara nada allí, lo tomé de los hombros y lo puse yo mismo en la posición correcta. Vana diligencia ante quien la naturaleza había colocado todo de manera invertida.

El brigadier comenzó por admitir el lapso entre mi clase y la primera constatación objetiva. Seguidamente le pedí que me mostrara la deposición de los padres así como la del denunciante. Ambas eran casi ilegibles debido a la abundancia de faltas de ortografía. Una vez asido su sentido completo, pregunté al agente si había visto personalmente las heridas. Contestó afirmativamente. Yo también las había vislumbrado cuando se pavoneaba con ellas por todo el colegio. ¿Y le parece que la posición de las mismas concuerda con el acto descrito en la deposición? El brigadier sonrió. No, en absoluto. Según la acción descrita en la misma, los hematomas no pueden aparecer nunca alrededor del cuello. ¿Entonces? Mire, sabemos que le están jugando una mala pasada, pero si la contradicción entre las partes persiste, la ley nos obliga a situarle en detención preventiva y permitir la intervención de la justicia. La cual acabará dándole la razón, pues las pruebas son contundentes. Sin embargo, habrá proceso, saldrá en los periódicos, etc. Ya conoce a los periodistas cuando presentan los acontecimientos con objeto de que los lean, aunque tengan que retractarse después. En cambio, si usted admite los hechos, presenta sus disculpas a la familia, nosotros nos encargamos de que ésta las acepte y aquí paz y allá gloria. Cedí. En pleitos no te veas aunque los ganes.

La Mesa Camilla, por su parte, comenzó por fulminarme un cese, a pesar de tratarse del último día antes de las vacaciones y de que ya no debía ver más al grupo en cuestión. Luego se informó del resultado de la entrevista en la gendarmería y con todo elevó un informe al Rectorado, el cual dictaminó mi expulsión de la Educación Nacional. De Herodes a Pilatos, no hubo nadie que no fuera consciente, leyendo entre líneas, que se sacrificaba a un justo en aras de la facilidad, la imagen de la escuela pública y el bien común.

Las consecuencias privadas ya las conoces. Doctor y catedrático de la Universidad de Santiago reducido a proponer sus servicios como jardinero a los jubilados del pueblo para sobrevivir.

Si al menos tú hubieras podido soportarlo durante unos años, si hubieras acordado el crédito que merecían mis elucubraciones, pero cediste al magma que brota de los pozos más interiores, los que se alimentan del venero ubicado en el reverso del ser. A partir de entonces, sólo los médicos del Hospital Psiquiátrico parecían saber lo que te ocurría. Pero no decían nada. Tampoco tú decías nada. Terminada la visita, volvía a casa sin saber nada de nada.

Más adelante te permitieron salir, pero tú ya habías decidido darle la espalda a todo y venirte aquí.

Juré que me vengaría.

Había una pepita que brillaba más que las otras. Lástima que trabajando éste ahí, ya no pueda frecuentar ese restaurante; hacían un entrecôte majestuoso. La acariciaba, dicha pepita, con la mirada, noche tras noche, y su fulgor me fascinó.

Durante las horas libres me puse a estudiar gastronomía con un ahínco atroz, como nadie habrá estudiado jamás dicha disciplina, la estudié como un científico, como un poeta, como un metafísico y con todo el fanatismo del que puede ser capaz un aprendiz de inquisidor. A fin de mejor apreciar la variante en un condimento, podía pasar tres días con sus noches sin comer ni beber. Entonces los trazos que marcaban los diferentes matices de sabor tenían medio metro de espesor y la vara de la sal estaba dividida en milímetros.

Recurrí a las nuevas tecnologías para averiguar el paradero de la Mesa Camilla. La propia casa donde vivía, al borde de un acantilado, la puse como fondo de pantalla. Y cómo no, a partir de entonces, todas mis vacaciones transcurrieron en Cannes.

No escatimé dinero ni tiempo en mi aprendizaje. Siempre encontré un curso más para completar mi formación. Al cabo, contados eran los chefs de este bajo mundo que podían jactarse de un expediente similar al mío. El cual me permitió iniciar una falsa carrera profesional en el más prestigioso restaurante de Santiago, si bien me las compuse para ofrecer puntualmente mis servicios en las Mecas de la profesión, París, Bruselas, Londres, Nueva-York, Tokio.

Por cuanto se refiere a la casa frente al mar, lo sabía todo. No solamente tenía los planos desplegados sobre mi mesa de despacho, sino que conocía las costumbres exactas de sus inquilinos, sus idas y venidas, sus trayectos, su vida profesional, sus aficiones y hasta el periódico que leían.

Unos años atrás, me presenté en el mejor restaurante de Cannes con todo mi historial. Les pedí que echaran un vistazo por encima, pero sobre todo que me dejaran mostrarles lo que sabía hacer. Tuve que prometerles mi asistencia durante la semana del Festival. Por lo demás, faltó poco para que me dieran las llaves del local.

Llegado el momento de la acción, me hallaba dispuesto. Ellas tenían una gobernanta que desempeñaba también funciones de cocinera, la cual rozaba la edad de jubilación. Contaba con ella como primer plan de ataque, aunque hubo otros.

Pedí un año sabático en la Facultad.

Redacté una reseña para que apareciera en el periódico local cuyo fin de recorrido era invariablemente el buzón de la casa objeto de mi vehemente deseo. Introduje en el repertorio de un teléfono ocasional un número que titulé: La Mesa Camilla, con el propósito de no responder a otra llamada que no fuera la suya. Las veces que sonó el aparato, para qué te voy a decir, pues el anuncio prometía el oro de Pérgamo por un sueldo modesto y una habitación ventilada.

Al cabo se encendió la pantalla con el sintagma que había estado aguardando durante veinte años. No era la voz de la Mesa Camilla, sino otra más leñosa y viril. Concertamos la cita.

Puse en un maletín de cuero repujado la documentación falsa que estaba lista desde hacía mucho. Consistía esencialmente en unos pocos certificados auténticos míos, rebautizados, y un pasaporte que guardaba la necesaria concordancia.

Pulsé el timbre. Ni tú misma me hubieras reconocido, con un traje negro impecable y una barba cana, cuidadosamente recortada, que cambiaba por completo mi fisonomía. Me sucedió con ella como a Víctor Hugo, quien tenía cara de mantecoso hasta que se dejó la barba y quedó convertido en un prohombre de la Francia. Como ves, también mi cabeza ofrece ya una tonalidad pimienta y sal.

La antigua colega me tendió una mano diminuta y rogó que la siguiera hasta la casa. En el salón, extendida sobre un poderoso sillón, se hallaba la reina desmesurada. Ah, no te puedes figurar las ganas que tenía de volver a verte, así, de tan cerca, y tener una entrevista contigo, como en los buenos tiempos. Instintivamente miré hacia arriba, hacia los estantes de la librería, tratando de distinguir un libro sin conseguirlo. Ahora las flores del mal están en otra parte.

Tenga la bondad de tomar asiento. No he venido a reposar, señora, sino más bien a ofrecerle una muestra de mi buen hacer culinario. Vea, éstas son mis credenciales, pero le recomiendo que no se fíe mucho de los papeles, “por sus obras los conocerás.” Hay, sin embargo, otros aspectos sobre los que debemos debatir. Le pido, como favor especial, que lo posponga todo hasta haber gustado uno de mis platos.

Sea. ¿Cuál es su especialidad? Las carnes, señora. Le propongo un entrecôte de la Saint Patrick con una salsa personal.

Acompaña, por favor, a este caballero al teatro de operaciones y luego sube una buena pieza de entrecôte.

Ante la desconfiada curiosidad de las damas, abrí algunos cajones, el frigorífico. En el instante mismo en que me puse a trabajar, la desconfianza se mudó en admiración. La rapidez, así como la economía de movimientos, cada gesto, cada prevención, cada utensilio empleado para la tarea justa, proclamaba que se hallaban ante un profesional de muchas campanillas. Demasiadas, por cierto.

Serví en el comedor, con la bahía como fondo y testigo silencioso de lo que tenía todo el aspecto de una propiciación a las divinidades paganas. La Mesa Camilla gustó y cerró los ojos, refugiándose en el centro mineral donde se regeneran las aguas. Pange lingua.

Jamás había probado un entrecôte de la Saint Patrick como éste. Pero dígame, los grandes restaurantes, de esta ciudad de restaurantes de lujo, se lo rifarían si tan sólo tuvieran conocimiento de su existencia, ¿cómo pues pretende trabajar en mi casa, con el sueldo irrisorio que ha propuesto?

Volvía a ser la Mesa Camilla de siempre, con su recelo bestial extraído de la veta más profunda de la campiña normanda.

Tengo el honor de prestar mis humildes servicios en uno de esos reputados restaurantes a los que acaba de hacer alusión y ésa es precisamente una de mis condiciones, que pueda seguir haciéndolo; para lo cual les dejaré cada tarde la cena lista, antes de partir y regresar de madrugada.

Una de sus condiciones, ¿cuáles son las demás? Ese sueldo irrisorio, como usted lo ha calificado con toda propiedad, vendría a ser realmente insignificante si se convirtiera en una actividad declarada. Ya sabe usted a lo que me refiero. Perfectamente. Aún así, sostengo que es poco para pagar a alguien capaz de hacer un entrecôte de esta envergadura y con una salsa personal, por añadidura. Una salsa cuya fórmula me llevaré a la tumba, pues no tengo herederos. Para abundar en el aspecto crematístico que ahora nos ocupa, considere cuan caras son las habitaciones de hotel en Cannes. Entiendo. El trabajo es suyo, puede instalarse cuando lo desee.